

¿Podemos confiar en nuestros niños?

No puedes confiar en ninguno de ellos,” declaró un colega veterano. Eso fue hace 30 años. Yo llevaba trabajando 3 años como profesor. El personal docente de nuestra escuela estaba discutiendo sobre la falta de honestidad que estaban percibiendo entre los alumnos. Yo tenía a los alumnos de 7º y 8º - quienes eran vistos como los menos confiables de todo el grupo.

Siendo un educador relativamente recién llegado a la profesión, yo veía con admiración a los profesores mayores, con un respeto que se parecía a la reverencia. Pero ese comentario de un colega mayor ofendió mi confianza innata en mis alumnos. Sin embargo yo me preguntaba si estaba siendo ingenuo y crédulo.

“Si pudieras elaborar una prueba para medir la integridad y se la aplicarás a tus chicos asegurándote que no sepan que se les está evaluando su honestidad, descubrirías que casi todos se copiarían, creyendo que se pueden salir con la suya,” siguió diciendo mi colega pesimista. “Pero en realidad, tú realmente no querrás saber la verdad.” Este último comentario no fue dirigido solo a mí, sino a los profesores en general, reconociendo que resultaba mu-

cho más cómodo creer que la mayoría de nuestros alumnos eran bastante honestos. Y como la honestidad se encontraba en el dominio afectivo, ¿cómo se podía construir una prueba válida para medirla?

Durante las siguientes semanas, la discusión siguió dando vueltas en mi cabeza. Debía haber algún modo de saber si los alumnos eran honestos. Pero quizás, tal como lo había dicho el antiguo profesor, era preferible no saberlo. A pesar de ello, en mi mente se comenzó a desarrollar una estrategia.

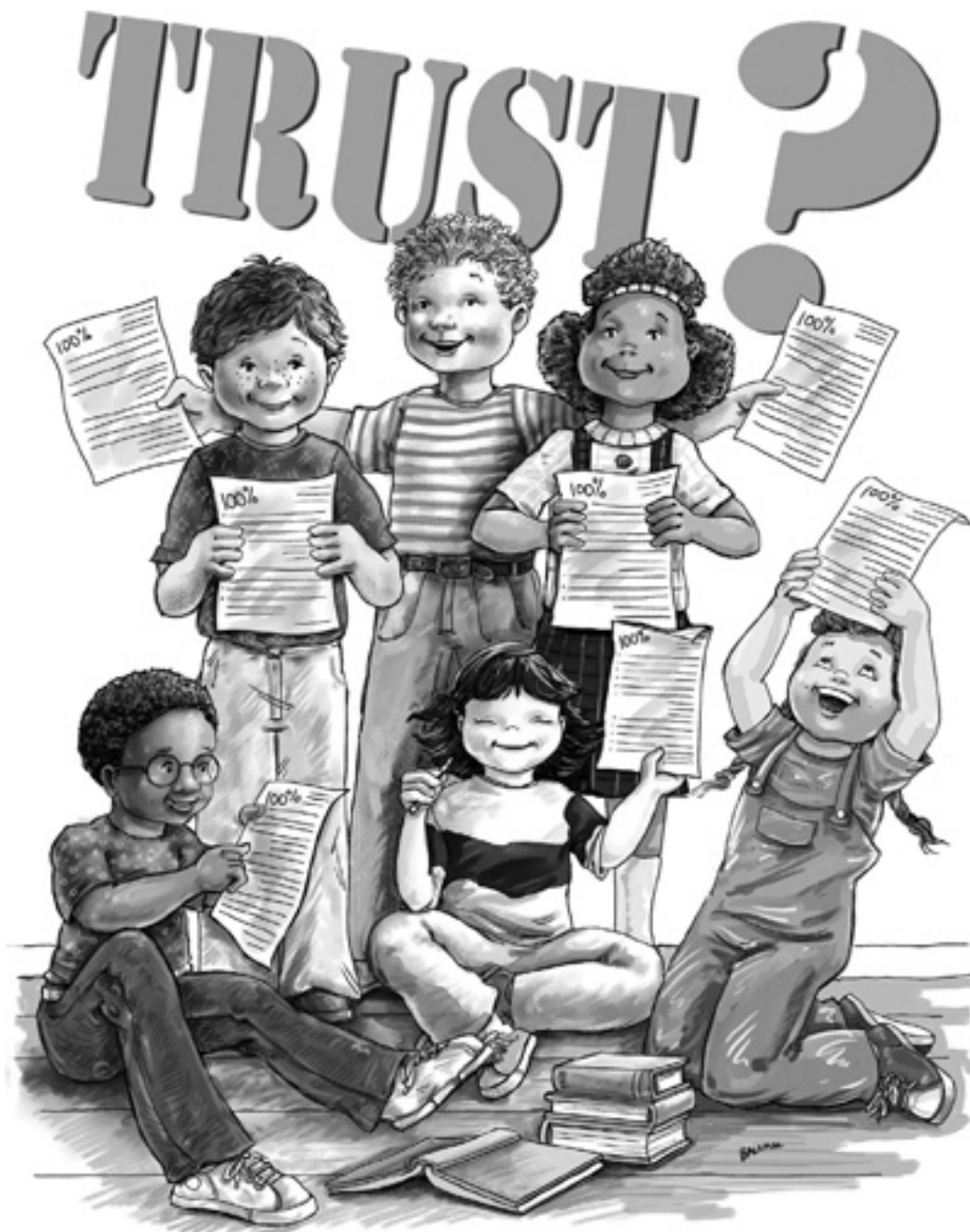
Aunque no fuera verdaderamente científica, mi prueba me daría alguna información. Yo aplicaría una prueba, haría copia de las respuestas, y luego permitiría que los alumnos calificaran sus propios trabajos. Era tan simple, que me pregunté cómo no se le había ocurrido antes a alguien (esto era en los inicios de la máquina termo-fax, la antecesora de la fotocopiadora). Si cambiaban las respuestas ¡yo lo sabría!

La “prueba de honestidad” original

Sin comentar mis planes con nadie, preparé una prueba de matemáticas simple de 20 ítems de selección múltiple. Delibe-

“No puedes confiar en ninguno de ellos”, declaró un colega veterano.

David R. Streifling



radamente incluí preguntas cuya dificultad correspondía al término de la educación secundaria para asegurarme que ningún alumno fuera capaz de lograr el resultado máximo. La muestra de la población era todo mi curso de 14 alumnos. En el grupo habían varios que yo anticipaba que me desilusionarían.

En el día prefijado, escogí el período normal de matemáticas, justo antes del recreo de la mañana, para aplicar mi “instrumento de investigación.” Insistí en la importancia de

que cada uno hiciera lo mejor que pudiera. Afirmé que esta era una evaluación muy significativa, dejando en claro la expectativa de un alto rendimiento. También les dije que algunas preguntas serían demasiado difíciles y que yo no esperaba que alguien las respondiera todas correctamente. Se les indicó que sus respuestas debían ir con lápiz de mina, a fin de que fuera fácil borrar si necesitaban cambiar alguna respuesta (y aunque yo no lo dije, también sería fácil hacer cambios posteriores).

Puse un tiempo límite y la evaluación comenzó. Me desplacé entre los escri-

torios como solía hacerlo durante las evaluaciones. Después del examen, los alumnos salieron al recreo y yo hice una copia de cada hoja de respuesta. Después del recreo, devolví las hojas originales, pidiendo a los alumnos que calificaran cuidadosamente sus propias pruebas a medida que yo leía las respuestas correctas. Luego ellos debían registrar su puntaje, de un total posible de 20 puntos. Me quedé en mi escritorio, en la parte de adelante de la sala, durante todo el proceso de calificación – dando amplia oportunidad para que cambiaran sus respuestas,

con muy pocas posibilidades de que se los detectara. Nadie tenía alguna razón para sospechar la existencia de las fotocopias. Dado que la auto-calificación de trabajos era una rutina común en mi sala de clases, no se levantaron sospechas. Esa noche, comparé meticulosamente sus hojas de respuestas autocalificadas con las fotocopias. Cualquier cambio durante el proceso de calificación hubiera sido fundamento para la desconfianza cínica de mi colega respecto a la integridad de los alumnos.

Imagínense mi alivio y entusiasmo cuando descubrí que ninguna respuesta había sido alterada por los alumnos. Esto había sucedido a pesar de una presión extrema para que respondieran bien en una prueba que probablemente era injusta porque era demasiado difícil; y a pesar de tener todas las oportunidades para copiar. Con orgullo, al día siguiente anuncié que ¡todos habían logrado un 100%! Luego, en respuesta a su asombro, les expliqué que la prueba no era para medir sus habilidades en matemáticas sino que su honestidad. Ellos reafirmaron mi fe en los niños. Creo que la dinámica descrita en el siguiente comentario de Elena de White se había demostrado en la práctica: “Haced sentir a los jóvenes que se les tiene confianza, y pocos serán los que no traten de mostrarse dignos de tal confianza.” (La Educación, p. 281).

Pero eso fue 30 años atrás. La muestra estudiada venía de una comunidad adventista compuesta de familias por encima del promedio.

¿Acaso han cambiado tanto los tiempos que nuestros jóvenes están siendo puestos bajo tal presión para obtener logros, al punto de que incluso las buenas familias adventistas están aceptando normas morales más bajas? Este fue el punto de partida para emprender recientemente un estudio similar, utilizando una muestra mayor de la población. Estos también pertenecían a la escuela adventista; pero en un medio geográfico y cultural diferente, casi del otro lado del mundo.

Sin embargo, antes de presentar los resultados de este estudio reciente, permítanme compartir dos incidentes relacionados, tomados de mi experiencia en el salón de clases de aquellos años. El primero ilustra la importancia de estar seguro de los hechos – aceptando incluso la palabra de un niño por sobre la evidencia de nuestros propios sentidos. Y el segundo ilustra que en ciertos momentos es mejor dejar un problema particular sin resolver que correr el riesgo de castigar un niño inocente – dejando algunas cosas en las manos de

Imagínense mi alivio y entusiasmo

cuando descubrí que ninguna

respuesta había sido alterada por los

alumnos.

un Dios omnisciente.

No creer en nuestros sentidos

Era una soleada tarde de invierno en mi salón de clases en Canadá. Mis alumnos estaban trabajando en proyectos de ciencias sociales en pequeños grupos alrededor del perímetro del salón. Yo estaba sentado en mi escritorio, poniéndome al día en algunas calificaciones. Al levantar la vista de mi trabajo, me llamó la atención la cara de Bobby de 6° grado* cuya silueta se perfilaba contra el vidrio oscurecido de la ventana. A pesar de la luz de fondo, yo podía ver claramente que estaba hablando. Y yo escuché un par de palabrotas prohibidas.

“Bobby”, suspiré, tratando de no sonar muy sorprendido o desilusionado. Es que Bobby provenía de una familia adventista altamente respetada. Su padre era un comerciante que trabajaba duro, su madre una dueña de casa profesional. Su apoyo a la escuela era ejemplar. Era un sacrificio para ambos enviar a Bobby y a su hermana menor a la escuela de iglesia. Ambos padres tenían altas expectativas para sus hijos. Yo sabía que estarían tan desilusionados como yo de escuchar ese tipo de lenguaje saliendo de la boca de su hijo, y yo nunca lo había escuchado utilizar tales palabras.

“Bobby, ven aquí.” Él obedeció inmediatamente.

Hablando suavemente le pregunté, “¿Qué te escuché decir?” Su rostro mostró una expresión de asombro.

“Señor, yo sólo estaba haciendo mis tareas. Estábamos hablando sobre nuestro proyecto... ¿Por qué, qué cree usted que dije?”

“Pero Bobby tú sabes bien lo que dijiste. (Yo no quería ensuciar mi boca repitiendo lo que había escuchado).

“Señor” insistió él, no dije nada malo.”

Y ahora parecía que estaba sumando la mentira a su lista de crímenes. De cierto

* Los nombres usados en este artículo son seudónimos

modo, yo quería creerle dado que él por lo general se comportaba tan bien. Para que se le hiciera más fácil decir la verdad, decidí sacarlo de la sala de clases a una privacidad relativa, a la entrada de la escuela (no contábamos con oficina para profesores en la escuela). Pero cuanto más presión aplicaba, se sentía más afectado, insistiendo en que no había dicho nada inapropiado.

La situación se estaba tornando muy difícil. Yo también sentía deseos de llorar. Yo amaba a ese muchacho y no podía permitir que desarrollara la deshonestidad. Pero yo estaba seguro de que tenía la evidencia. Una posibilidad era que simplemente lo castigara, despejara el ambiente y continuara con el trabajo escolar. Yo sabía que sus padres aceptarían mi testimonio de lo que había visto y oído, y sabía que el castigo de Bobby en casa sería mucho mayor que el que podría recibir en la escuela.

En ese momento me encontré haciendo algo que yo nunca hubiera considerado antes. Colocando mi mano en el hombro del muchacho que sollozaba dije, “Bobby, te diré lo que haré.” Él escuchó con atención. “Yo elijo creerte esta vez. Como yo no he sabido que tú hayas dicho una mentira antes, voy a ignorar la evidencia de mis sentidos. Vamos a volver a la sala de clases y continuar como si esto nunca hubiera pasado. Sin embargo voy a estar orando para que Dios me dé alguna evidencia con respecto a si tomé la decisión correcta.”

Él se mostró tremendamente aliviado y en las semanas sucesivas, continuó siendo un estudiante modelo. Yo oré al respecto durante un tiempo y casi olvidé el asunto. Pero un día, cinco o seis semanas después, fue como si Dios me estuviera proveyendo de una “respuesta inmediata” retrasada. Era a la misma hora del día, con la misma luz, las mismas personas agrupadas alrededor de las pequeñas mesas trabajando en proyectos de ciencias sociales. Nuevamente, al levantar la vista de mi escritorio, vi la boca de Bobby moverse. Escuché las mismas palabras que en la ocasión anterior. Inmediatamente lo llamé a mi escritorio.

“Bobby, ¿recuerdas cuando hablamos sobre tu lenguaje inadecuado hace uno o dos meses atrás? ¿Recuerdas que te prometí que le pediría evidencia a Dios? Ahora la tengo. ¿Qué fue lo que te escuché decir?” Nuevamente se mostró sorprendido, casi sin poder comprender.

Entonces, tomando en cuenta la importancia de lo que sucedía, él rogó,

“Señor, por favor, ¿qué es lo que cree que yo dije?” Sin deseos de hacerlo, deletreé las palabras de cuatro letras que había escuchado. Y para mi sorpresa, del otro lado de la sala otro alumno dijo, “Señor – ¡yo dije eso!” Era Ryan, de 8° año* cuyo padre pescador no era un cristiano practicante. Ryan había tomado mucho de su vocabulario mientras salía a pescar con su padre. Le agradecí, destacándolo por haber tenido el coraje de atribuirse lo dicho y silenciosamente le agradecí a Dios por haber elegido creer a Bobby la vez anterior.

En retrospectiva, aparentemente alguna combinación fortuita de la acústica, la luz poco común y las actividades de los diferentes alumnos había creado una situación que había engañado mis sentidos – en dos ocasiones. Yo temblaba de sólo pensar en las posibles consecuencias para Bobby si yo hubiera persistido en mi pensamiento anterior, creyendo en lo que había escuchado y rechazando ser guiado por un “sexto sentido.”

Los profesores no son omniscientes

Algunos años después, en otra provincia, dos de mis alumnos mayores de 7° y 8° grado habían sido suspendidos por una infracción mínima. Rápidamente se decidió que a cada uno se le exigiría escribir 50 líneas. (No es mi objetivo en este artículo discutir los méritos relativos de algunas formas específicas de disciplina). Al momento de darme vuelta para escribir las palabras en la pizarra, sentí que algo pasó cerca de mi oreja izquierda. Le pegó a la pizarra y cayó al suelo – una goma de borrar rosada. Instintivamente, revisé la puerta de la sala, miré para un lado y otro del pasillo y hacia las ventanas de la sala, percatándome que las persianas de las ventanas estaban en su lugar y que no había otros alumnos en las proximidades. El ofensor tenía que ser uno de los dos muchachos del salón, pero no podía determinar cuál. El “misil” había llegado y desaparecido tan rápido que no tuve tiempo para calcular ángulos. Cada alumno tenía una goma similar, e incluso, hasta podría haber sido “conseguida” para tal efecto. No podía estar seguro. Sin embar-

Recientemente emprendí un estudio

similar, utilizando una muestra mayor

de la población.



go, basado en la experiencia previa y en la evaluación general del carácter, podía deducir cuál de los dos era probable que hubiera hecho algo así. (Los profesores son buenos para esto – se lo conoce como prejuicio).

Basado en mi “prejuicio” profesional, Jonathan era claramente el sospechoso. A pesar de ser el hijo de uno de nuestros pastores de la zona, Jonathan había sido adoptado por la familia aproximadamente a los seis años de edad. Él hacía lo suficiente como para pasar la clase, y con regularidad se metía en problemas en una variedad de maneras. Tyler* era diferente. Su padre era parte del comité de la escuela. Su madre era la líder de la Comisión Hogar-Escuela. Él era admirado por sus compañeros. Al participar con frecuencia en roles de liderazgo estudiantil, se las arreglaba para no meterse en problemas. Las notas de Tyler eran altas, y las entrevistas con sus padres eran un gusto, una verdadera celebración de sus logros.

Pero antes de tomar las disposiciones del caso, quería que el culpable admitiera su culpa. Es así como para confirmar mis sospechas pregunté: ¿quién tiró esa goma?”

Ambos muchacho respondieron, “yo no fui.”

Le pregunté a cada uno por separado, “¿tiraste la goma?” Nuevamente cada uno lo negó y no quisieron culpar al otro.

No estaba llegando a ninguna parte. Era el caso clásico en el que una persona men-

tía y la otra decía la verdad, sin posibilidad alguna de saber quién era quién. Soporté mis opciones. Podía retenerlos cada mediodía durante una hora hasta que uno de ellos confesara su culpa – pero bajo ese tipo de presión ¿cómo podría estar seguro que el inocente se culparía a sí mismo, diciendo una mentira nada más que para librarse del problema? ¿Y porqué se debía retener al inocente? Así es que les conté la historia de Bobby, reconocí que no era omnisciente, y les aseguré que había decidido confiar en cada uno de ellos, pidiéndole a Dios que me diera la evidencia que necesitaba a su tiempo. Muy pronto me olvidé completamente del hecho, pero Dios no.

Varios años después, uno de estos muchachos, ya a punto de egresar de la secundaria, estaba tomando parte en la banda del equipo de gimnasia de su escuela. Yo estaba trabajando en otra asociación a más de mil millas de distancia. Su tour de primavera los trajo hasta nuestra zona. La presentación del grupo el sábado por la noche fue un placer. Me sentí orgulloso del hecho que yo había ayudado a poner en el camino del éxito musical a este alumno en particular, y el recuerdo de aquel episodio desagradable nunca estuvo en mi mente. Cuando al finalizar la presentación me encaminé hacia el estacionamiento, no me di cuenta que alguien me seguía hasta que escuché una voz detrás de mí.

“¿Señor Streifling?” Era mi ex alumno.
“Sí. Qué bueno verte muchacho. ¡Tu grupo hizo un trabajo fantástico esta noche!”

“Señor Streifling, necesito hablarle.”

“¿Está bien aquí?”

“Señor Streifling, ¿recuerda esa vez en el 7º grado...?” Y lentamente, con su ayuda, se refrescó mi memoria. “Bueno, quiero decirle que yo fui el que dijo la mentira...” Aquí estaba él, años después, queriendo arreglar las cosas y pidiéndome que lo perdonara. El Espíritu Santo no se había olvidado, ¡aún cuando yo sí!

Lo miré a los ojos y repliqué, “Jovenito, estoy orgulloso de ti. Yo había olvidado completamente el incidente de la escuela primaria. Lo que tú has hecho no es fácil de hacer. Esto es la muestra de un cristiano que está madurando, y quiero que sepas que en mi registro, ¡esta noche mides una milla de estatura!”

Mi corazón se regocija al mirar atrás y recordar el incidente y darme cuenta que cuando no estamos seguros, Dios puede traer certeza. Si yo hubiera tratado de usar mi limitado juicio humano, un profesor y dos niños hubieran sido heridos, porque el muchacho en el estacionamiento ¡no era Jonathan, era Tyler!

Los resultados de la “prueba de honestidad” reciente

Veamos los resultados de una “prueba de honestidad” reciente. El proceso fue idéntico a la prueba de hace 30 años, excepto que como estos no eran mis alumnos (ahora enseño en el nivel superior), tenía



que asegurarme la cooperación de sus profesores. Se involucró a dos cursos. En ambos, los estudiantes calificaban sus propios trabajos, de modo similar a como lo habían hecho los míos 30 años antes. No tenían razón alguna para sospechar que sus respuestas fueron fotocopiadas. De los 49 alumnos de 7º y 8º de esta muestra, 48 no cambiaron ninguna de sus respuestas incorrectas para mejorar sus notas. Lamentablemente, uno lo hizo, ¡pero sólo uno!

Considerando el mayor tamaño del segundo grupo de sujetos probados, no existe una diferencia significativa entre los resultados de hace 30 años y los del presente.

Implicaciones

Las historias de Bobby y la de Jonathan y Tyler son sólo dos incidentes tomados de mis 17 años en las salas de 6º, 7º y 8º. Estas historias son la excepción, no la regla. En la mayoría de los casos, mi experiencia me ha confirmado que al tratar con alumnos, los profesores necesitan continuar siendo vigilantes, “sabios como serpientes y mansos como palomas.” También necesitarán continuar siendo cariñosos y comprensivos respecto a la idiosincrasia de la niñez. Aquí no estamos hablando sobre un nuevo enfoque con respecto al manejo del salón de clases o a temas disciplinarios. Me gustaría animar a mis colegas a tener ánimo – a continuar confiando en Dios y en los niños que Él ha encomendado a nuestro cuidado.

Estas historias también demuestran que a veces nos encontramos en situaciones donde realmente no tenemos elección sino más que confiar en nuestros niños – porque ¡Dios es el único que sabe toda la verdad! Sin embargo, como profesores, con frecuencia sentimos que tenemos que saber todas las respuestas para poder manejar las situaciones disciplinarias de modo rápido y justo. Como resultado, tomamos decisiones basadas en evidencia parcial o errónea. Como resultado ¿cuántas veces no hemos concluido que no podemos confiar en los niños, cerrando un caso en forma prematura?

He citado dos historias “exitosas”, pero cuántos “fracasos” ha habido a través de los años, ¡sólo Dios sabe! Únicamente en la medida en que mantengamos una conexión constante con el Infinito podemos estar seguros de cometer menos errores. Este es el verdadero desafío.

¿Podemos confiar en nuestros niños?
El confiar es tanto una actitud como una

elección, y a veces, cuando elegimos confiar en nuestros niños, se aprovecharán de nosotros, nos dejarán en vergüenza y harán que nos veamos incompetentes. Pero ¿cuáles son las consecuencias potenciales de no confiar en ellos?

Creo que la verdadera interrogante es: **¿Podemos correr el riesgo de no confiar en nuestros niños?** La alternativa está cargada de consecuencias trágicas potenciales - ¿qué diremos cuando estemos ante el Juez Eterno que ve claramente la relación entre causa y efecto? Al elegir no confiar, perdemos mucho y ganamos muy poco. Pero quizás la mejor razón para mantener una actitud de confianza está resumida en el párrafo de Elena de White! previamente citado. Aquí presentamos el párrafo completo:

El educador sabio, al tratar con sus alumnos, procurará estimular la confianza y fortalecer el sentido del honor. La confianza que se tiene en los jóvenes y niños los beneficia. Muchos, hasta entre los pequeños, tienen un elevado sentimiento del honor; todos desean ser tratados con confianza y respeto, y tienen derecho a ello. No debería hacerse sentir que no pueden salir o entrar sin que se los vigile. La sospecha desmoraliza, y produce los mismos males que trata de impedir. En vez de vigilar continuamente, como si sospechasen el mal, los maestros que están en contacto con sus alumnos se darán cuenta de las actividades de una mente inquieta, y pondrán en juego influencias que contrarresten el mal. Haced sentir a los jóvenes que se les tiene confianza, y pocos serán los que no traten de mostrarse dignos de tal confianza. (La Educación, pág. 281)

El Dr. David R.

Streifling pasó 17 años enseñando en las salas de 6º, 7º y 8º año de nivel primario y otros 15 en la supervisión y la enseñanza universitarias. Su artículo “¡Las instalaciones educativas también enseñan!” se publicó en el número 19 de esta revista a fines de 2004. El Dr. Streifling escribe desde Lacombe, Alberta, Canadá.

